

# Luz de sus Ciudades

*Ramón González Ruiz*

Director

Cuenta el libro del Génesis que, una vez creadas todas las cosas sobre la faz de la tierra, Dios llamó al primer hombre para que impusiera un nombre a cada uno de los seres del universo, a los ganados, a las aves del cielo, a los animales de la tierra (Gen 2, 19-20). Con esta narración el libro sagrado quiso poner de manifiesto que el don de la palabra es una prerrogativa exclusiva otorgada a los hombres, como seres inteligentes que son, para poder comunicarse por medio del lenguaje. Los hombres tienen en la palabra una llave de doble uso: por una parte les permite tener acceso al conocimiento profundo de las cosas y, por otra parte, les concede la posibilidad de hacer visible el señorío que ejercen sobre ellas, porque poner el nombre es un acto de distanciamiento y de superioridad sobre el resto de los seres creados. Este privilegio es un verdadero regalo divino. También Dios tiene su Palabra, su Verbo, por medio del cual ha creado todas las cosas, se manifiesta hacia fuera y se comunica con sus criaturas.

Dios y los hombres, aunque a niveles infinitamente desiguales, se asemejan por la inteligencia, por la libertad y por la palabra. Dios hizo todas las cosas de la nada con su palabra. Una vez creadas, la facultad de poner nombres adecuados a cada una de las cosas es una forma de asociación del hombre con la obra creadora de Dios, ya que, según la concepción bíblica, el nombre se identifica con la sustancia misma de la cosa nombrada. De ahí que digamos, por ejemplo: “Santificado sea tu nombre”. Dios y su nombre conforman una misma realidad.

De entre el común de los mortales surgen a veces algunos hombres especialmente dotados, en los cuales el don de la palabra alcanza cotas de excepcional expresividad estética. Son los grandes escritores, los artistas de la palabra a los cuales admiramos y tomamos como modelos. Algunos de sus escritos llegan a tal perfección que los incluimos en el rango de las obras maestras universales. En consonancia con esta consideración a estas obras maestras las llamamos creaciones literarias del genio humano.

Uno de los forjadores del lenguaje como manifestación artística y, por

supuesto, el mayor escritor de la literatura castellana fue Miguel de Cervantes, el príncipe de los ingenios. Sus lectores son legión desde que sus obras se dieron a conocer y todos coinciden en la convicción de que era un mago en el uso del idioma castellano. En su novela póstuma *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda* aparece un personaje que viaja a pie en compañía de un grupo de caminantes. Cuando se van acercando a Toledo y contemplan en lontananza la monumental silueta de la ciudad colocada en lo más alto del monte la describe emocionado con estas admirativas exclamaciones:

“¡Oh peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades!”  
(Libro III, Capítulo VIII).

De Toledo se han dicho muchas cosas, casi siempre laudatorias, pero pocas veces se ha logrado un acierto literario pleno como el de Cervantes en este caso, con el que ha conseguido transmitir una imagen de Toledo, densa de significados, en breves y ajustadas expresiones. Cervantes no sólo ha pretendido hacer una descripción física de la enhiesta ciudad asentada sobre el peñón rodeado por el Tajo, sino también ha querido transmitir la idea de su protagonismo en la historia de España y de su papel de faro entre todas sus ciudades. Sus palabras vienen a ser como una recapitulación de Toledo en su entidad material y en su dimensión simbólica. Hemos comenzado este prólogo por una cita bíblica. Ahora la completamos añadiendo que las afirmaciones de Cervantes pueden haber sido inspiradas en las conocidas metáforas evangélicas de la ciudad puesta en lo alto del monte que no se puede ocultar y de la luz encendida que no se esconde debajo del candelero (Mt 5, 14-15).

A las palabras de Cervantes, tan conocidas por los toledanos, hemos recurrido en esta ocasión para pedirle prestado uno de sus asertos literarios, con objeto de imponer un nombre a este libro con el que la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo desea honrar a la persona y a la obra de don Julio Porres Martín-Cleto. Cervantes dio en la diana cuando definió a Toledo como Luz de las ciudades de España, porque su historia se confunde durante muchos siglos con la historia general de España y del reino castellano.

*Luz de sus ciudades* es una colección de estudios que los académicos toledanos y muchos otros amigos y admiradores ofrecen al que ha sido durante muchos años un académico ejemplar (desde 1964) y después director de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo (1984-1995). Su esfuerzo por prestigiar a esta institución durante los diez años de su mandato y, sobre todo, sus trabajos de historia toledana le hacían acreedor a este merecido homenaje.

Don Julio Porres quedará para las futuras generaciones como un referente de los historiadores de Toledo de todos los tiempos. En la historiografía toledana su nombre irá emparejado para siempre con los de Pedro de Alcocer

(siglo XVI), Francisco de Pisa (siglo XVII), Francisco Antonio Lorenzana (siglos XVIII), Sixto Ramón Parro y Antonio Martín Gamero (siglos XIX) y Juan Francisco Rivera (siglo XX), éste último también ex director de la Real Academia y primero de los que recibieron en vida un homenaje similar a éste de sus compañeros académicos.

Pocos hombres habrán contribuido con mayor eficacia a la labor de sacar a la luz los esplendores del pasado de esta ciudad. Nacido en el corazón mismo de Toledo en la plaza de Zocodover y enamorado desde su niñez de la ciudad donde vino al mundo, todos sus esfuerzos han ido destinados a mostrar a sus conciudadanos los hechos memorables de Toledo y de sus gentes. Su vocación de historiador surgió ya en plena juventud, en cercanía de don Juan Francisco Rivera y de don Guillermo Téllez, con los que compartió amistad, afanes e ideales, aunque éstos perteneciesen a una generación anterior. Cada uno de ellos cultivó una parcela diferente de la historia de Toledo, Rivera la historia eclesiástica, Téllez la historia del arte y Porres principalmente la historia civil. Cuando yo conocí a estos tres personajes algunos años antes de la Transición política ellos eran los intelectuales que lideraban la vida cultural de la ciudad, todavía bastante reducida.

Buena parte de la obra de Julio Porres está escrita en esa época, cuando el oficio de investigador y de escritor era ocupación de muy contadas personas y se encontraba en parte influenciado por patrones decimonónicos. Los tres historiadores citados, a pesar de cultivar una parcela limitada conscientemente al ámbito toledano lograron trascender el horizonte localista provinciano para ingresar por derecho propio en la historia nacional.

Toda la obra de Julio Porres ha estado dominada por la idea de Toledo, que ha constituido el norte de su trayectoria intelectual. En todo cuanto ha escrito esta ciudad ha desempeñado siempre el papel de protagonista. Repasando su extensa bibliografía apenas se encontrará un solo título que se salga del escenario de Toledo o de su provincia.

Las obras de Julio Porres han tenido en los toledanos a sus más apasionados lectores y devotos seguidores. La prueba es que sus obras principales se han agotado con mucha rapidez y ha habido necesidad de recurrir a nuevas ediciones. Ello le ha permitido al autor ir retocando y enriqueciendo su contenido a medida que los editores se lo iban solicitando.

Porres debutó con *La desamortización en Toledo* (1964), un estudio que en su momento le señaló como pionero en este tipo de investigación histórica no sólo en Toledo, sino en toda España. Un año más tarde, considerablemente ampliado, salió a la luz en forma de libro, llamando la atención por lo novedoso y moderno de su planteamiento, al que muchos recurrieron después para inspirarse en su metodología. A mediados del siglo XX se consideraba que la documentación sobre el fenómeno desamortizador era

demasiado reciente para reconstruir con ella lo que había sucedido en el siglo anterior. Porres aprovechó la oportunidad de ser funcionario de Hacienda para estudiar a fondo la documentación que se encontraba en la Delegación provincial de este Ministerio en Toledo. El libro de Porres sobre la desamortización también se agotó prontamente y, al ser muy demandado por muchos lectores, ha habido que apelar a una segunda edición.

Su obra cumbre es la conocidísima *Historia de las Calles de Toledo*, una monografía singular por su originalidad, donde la historia de Toledo se narra por calles, edificios y barrios. El autor la ha mimado como al hijo predilecto, concentrando en ella el fruto de sus propias investigaciones y de sus muchas lecturas a lo largo de toda la vida. Publicada en dos volúmenes originariamente (1971), ha ido engrosando su contenido hasta convertirse en los cuatro volúmenes de la cuarta y última edición (2002). Hoy es un manual imprescindible para los escriben sobre Toledo.

Un libro breve, pero sumamente útil es su *Historia de Tulaytula (711-1085)*, publicado por vez primera en 1985. Porres no es un medievalista y menos aún un arabista. Sin embargo, ha sabido seleccionar una espléndida antología de notas históricas sobre la Toledo musulmana y mozárabe que hacen de esta pequeña obra de menos de 100 páginas un repertorio de consulta indispensable para cuantos deseen conocer esta etapa crucial de la historia de la ciudad. También es de las que se agotaron muy pronto y ha habido necesidad de recurrir a una segunda edición.

Su dominio de la historia de Toledo en todas las edades le llevó a publicar en 1975, en colaboración con la Dra. Linda Martz, la obra *Toledo y los toledanos en 1561*. Basado en un censo de población hallado en el archivo de Simancas, el libro suministra una valiosa información demográfica, profesional, eclesiástica y urbanística para el conocimiento de la historia toledana en el preciso momento en que la ciudad estaba ya a punto de iniciar su etapa de lenta decadencia coincidiendo con el cambio de residencia de la corte y de los cortesanos.

En trabajos de menor extensión Julio Porres ha ido recorriendo toda la historia de Toledo, sacando a la luz muchísimos aspectos de su pasado. Con sus libros y sus numerosos artículos que superan ampliamente el centenar, Julio Porres puede presumir, parafraseando al poeta latino Horacio, de haber levantado una obra que en la memoria de los toledanos quedará más perenne que el bronce.

Dotado de una memoria prodigiosa, de una chispeante conversación, amigo de los amigos (no se le conocen enemigos), optimista insobornable, generoso y humano, comprensivo con las debilidades ajenas, hombre de una fe cristiana sencilla y profunda, don Julio Porres es al día de hoy un paradigma del intachable caballero de otros tiempos.